Luis Reed Torres

Biografía de una Época



EL ARTILLERO DE MAXIMILIANO

(La Azarosa Vida del General Manuel Ramírez de Arellano, Niño Héroe de Chapultepec, Ideólogo Nacionalista y Amigo Fraternal de Miguel Miramón, Según su Archivo Inédito y sus Escritos)

México, 2012

INTRODUCCIÓN

Casi siglo y medio ha transcurrido desde que la nación mexicana vivió en lo profundo de su ser social el final del violento choque ideológico del conservadurismo y el liberalismo, cuyos odios y pasiones partidarias arrastraron a familias enteras y las dividieron en posturas irreconciliables que derivaron en heroísmos ejemplares y lealtades inquebrantables, pero también en desengaños y traiciones que imprimieron a la época peculiaridades muy particulares en el marco del turbulento siglo XIX.

Don Alfonso Reyes escribió: “El que no conoce el siglo XIX no conoce México”. Y en efecto, todos los acontecimientos cruciales de esa centuria marcaron en nuestro país el devenir histórico del siguiente siglo XX, y sus efectos y resultados se extienden incluso hasta el XXI.

El mosaico social decimonónico dividió su tiempo entre la guerra y el arado, las tertulias familiares y las festividades religiosas, el bordado y la cocina, y las diversiones públicas y hogareñas. Todo esto, sin embargo, enmarcado en interminables luchas civiles que sobrecogían a la población y la llenaban de desesperanza. Los desacuerdos y los desatinos políticos se hallaban a la orden del día, y el caos y la confusión auguraban un futuro aún más ominoso.

Producto inmediato de lo anterior fue la leva forzosa para engrosar diversos ejércitos que se enfrentaron en las contiendas fratricidas que ensangrentaron campos y ciudades y que dejaron su trágica y larga estela de viudas y huérfanos.

En tal panorama se enmarca la historia que se relata en este libro...

El interés de esta investigación radica en escudriñar y rescatar de los archivos la trayectoria de los proscritos por la historia oficial, la de los calificados de traidores o, en el mejor de los casos, de equivocados; la de los derrotados en el campo de batalla aunque no en el terreno ideológico; la de los motejados siempre con oprobiosos adjetivos, ricos en injusticias y paupérrimos en comprensiones de los propósitos que los animaron.

Esta historia corresponde a una época de enormes convulsiones y de pasiones aún no sofocadas del todo –incluso en nuestros tiempos– por el vigente maniqueísmo historiográfico que por desgracia dificulta realizar un estudio sereno y ponderado de ese tiempo y de esos personajes.

La historiografía del siglo XIX que se ocupa de la compleja problemática de la Reforma, la Intervención Francesa y el Segundo Imperio Mexicano es muy extensa y sin duda muy valiosa, enfocada fundamentalmente a los aspectos políticos, económicos, sociales, religiosos, militares y biográficos. En tal tesitura atrajo poderosamente mi atención un individuo casi desconocido que, a la luz de su archivo y sus escritos cobra una importancia inusitada que hoy comparto gozoso con el lector amigo, especialmente con aquel que desee asomarse a esta época con espíritu abierto y franco y alejado de prejuicios y exaltados lugares comunes que todo lo enturbian y todo lo enrarecen.

Tal personaje es el General de Brigada Manuel Ramírez de Arellano, niño héroe en Chapultepec frente a los invasores estadunidenses; amigo fraternal del general Miguel Miramón; artillero de excepcionales características; ideólogo profundo e intelectual y orador reconocido; testigo y protagonista de muchos acontecimientos políticos y militares; perennemente leal a sus principios y camarada sincero; rebelde frente a los abusos del poder –incluso de los cometidos por el gobierno imperial que defendía– y,

sobre todo, hombre de sobresaliente actuación en el memorable Sitio de Querétaro en 1867, sin cuya vital participación habría sido imposible sostener más que breves días.

Sus anhelos, sus ideales, sus desencantos, sus amarguras, sus enfrentamientos personales, su valor y sus proezas desfilan en estas páginas que constituyen no sólo una biografía de Arellano, sino de hecho una biografía de la época, pletórica en trascendentes sucesos.

Al seguir la huella de Manuel busco comprender cómo percibió su tiempo y cómo o por qué adoptó determinados comportamientos. Hurgar su vasto legado escrito reviste extrema importancia y permite conocer a fondo la relevante figura de un personaje del siglo XIX que no por desconocido hasta antes de la aparición del presente volumen, deja de ser extraordinariamente notable, como podrá comprobarlo quien repase estas páginas.

Esta investigación, concebida y enfocada inicialmente en la corriente de la historia de las mentalidades para un trabajo de posgrado en la UNAM de la historiadora María Elena López Méndez, aparece aquí bajo ángulos e interpretaciones que abarcan horizontes mucho más extensos tanto del período como del personaje. Se basa fundamentalmente tanto en el expediente militar de Manuel Ramírez de Arellano, que custodia el Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, como en fuentes bibliográficas primarias del siglo XIX –folletos incluidos– virtualmente desconocidas o poco manejadas. Asimismo, en fuentes hemerográficas diversas y en los manuscritos del propio Arellano, todo lo cual queda debidamente consignado en el apartado correspondiente.

Aunque el presente estudio se circunscribe a los acontecimientos históricos alrededor de nuestro personaje, aparecen en él multitud de hechos políticos y militares de trascendencia en esa época. Los objetivos principales, sin embargo, se enfocan a

reconstruir la historia de la segunda mitad del siglo XIX a través de la actuación y de las vivencias del propio Arellano.

Estudiar con detenimiento los años aquí tratados nos permite conocer diversas concepciones de la justicia, las formas de enfrentar los retos de la vida, la desesperación, la impotencia, las estrategias de sobrevivencia, el trasfondo de los sucesos, la pobreza y las cosas comunes de la vida cotidiana que van entretejiendo a la colectividad y van dibujando el perfil que caracterizó y marcó a aquellas generaciones.

Se brinda pues aquí una información diversificada y extensa, rica en matices y aristas, para revisar y recrear el ayer de una agitada época que aún causa enconadas polémicas entre los historiadores y hasta en las personas sin especiales credenciales académicas.

LUIS REED TORRES

CAPÍTULO I

EL PADRE EN CHURUBUSCO Y EL HIJO EN CHAPULTEPEC

¡Noble y heroica juventud que como primicias de su patriotismo ofreció a México la libertad, la sangre y la vida!

José María Roa Bárcena,
Historiador Conservador

LOS DOS EXTREMOS DE UN DILEMA Mil ochocientos cuarenta y siete fue un año particularmente aciago para México, pues la invasión estadunidense avanzaba arrolladoramente conforme el Ejército Nacional era batido en todas las batallas. Sin embargo, aún más que la embestida del vecino país del norte, lo que verdaderamente debilitaba y perjudicaba gravemente a la nación era la interminable serie de luchas intestinas que venían sucediéndose desde hacía un cuarto de siglo, cuando México emergió como nación independiente.

Por el tiempo que se registró la guerra con Estados Unidos, la élite mexicana decimonónica se hallaba ya irremisible e irreversiblemente escindida en dos grandes corrientes que chocarían sangrientamente por veinte años más –hasta 1867– y que culminaría en la casi completa eliminación física e ideológica de una de ellas. La primera, tendencia conservadora, pugnaba por una nación constituida al modo tradicional y con vigencia del legado colonial, aunque en modo alguno enemiga de la modernidad y orientada en cambio en la búsqueda constante de un progreso

social y material que rivalizara con el del vecino del norte, pero preservando la esencia íntima de identidad que se nos había heredado y de hecho conformado; la segunda, tendencia liberal, abogaba porque la nación mexicana se constituyera de acuerdo con el modelo estadunidense para alcanzar el anhelado progreso social y material, esto es que se imitara sin ambages a Estados Unidos y se repudiara tajantemente la herencia colonial de trescientos años.

"Atrincherados los conservadores en la fe de la preeminencia histórica del legado colonial del que se sentían ser fieles y orgullosos albaceas –dice Edmundo O'Gorman–, su programa de acción en el conflicto con los liberales tendrá que ser primariamente de resistencia a los empeños imitativos de éstos, y cuando las armas les son favorables tratarán de desenterrar, hasta donde sea posible, la organización y estructura de la colonia. Tal es el sentido de los ensayos del centralismo republicano y sobre todo del Segundo Imperio"[(1)].

Por cuanto corresponde a las acciones liberales, O'Gorman puntualiza que "... lo cierto es que el trasplante de las instituciones norteamericanas no produjo los resultados que se esperaban". Y más adelante expresa que "*todo esto no quiere decir, por supuesto, que la acción liberal no haya dejado su profunda huella. Por lo contrario, hizo de los pueblos iberoamericanos unas naciones históricamente híbridas, porque sin dejar de ser modernas, no lo han sido nunca plenamente; situación intermedia que las ha obligado a arbitrar módulos peculiares y deformantes de las instituciones que adoptaron a medias, animadas por el espejismo de la igualdad natural de todos los hombres que prometía la posibilidad real de hacerlo en plenitud*"[(2)].

Y por lo que se refiere a las diversas intromisiones estadunidenses en la vida pública mexicana, O' Gorman es contundente:

---

(1) O' Gorman, Edmundo, *México, el Trauma de su Historia,* México, UNAM, 1977,119 p., p. 41.

(2) *Ibidem,* p. 43. Las cursivas me pertenecen.

"…nadie niega la intervención norteamericana en el orden político y económico... es clarísimo que su principal obstáculo fue el tradicionalismo colonial y que su mayor aliado fue el liberalismo progresista"[(3)].

TRAYECTORIA DE UN CURTIDO SOLDADO

Pues bien, entre los personajes que por esos años sobresalieron en aquel México convulsionado de la tercera y cuarta décadas del siglo XIX se hallaba Domingo Ramírez de Arellano, un curtido militar nacido en la capital del país el año 1800 y que para la época de la guerra con los estadunidenses ostentaba el grado de general graduado (en tiempos modernos el equivalente más o menos al General Brigadier). Don Domingo había sido soldado del Batallón de Realistas en 1817 y luego integrante de las fuerzas del general Anastasio Bustamante que se adhirieron al Plan de Iguala en los primeros meses de 1821 y que más tarde formaron parte del Ejército Trigarante que entró triunfalmente en la ciudad de México el 27 de septiembre de aquel año.

A finales de los años treinta don Domingo, ya coronel, se distinguió en la lucha sostenida en el sur contra un grupo de guatemaltecos que había incursionado en territorio mexicano, y más tarde, en el norte, se enfrentó tanto a los apaches que merodeaban por esas regiones, como a diversas partidas de texanos. En 1840 ascendió a General Graduado y mandó sucesivamente en los años siguientes los batallones denominados Morelia, San Blas, Guanajuato y Colima.

Don Domingo había casado con la señorita Concepción Estrada y ambos procrearon varios hijos[(4)], de los que el más des-

---

(3) *Loc. Cit.,* p. 51. Las cursivas me pertenecen.

(4) El periodista Ángel Pola hace referencia de los hermanos de Arellano, aunque sólo menciona al doctor Juan Ramírez de Arellano, a quien conoció personalmente y entrevistó. Ramírez de Arellano, Manuel, *Últimas Horas del Imperio* (Los Traidores de los Traidores), México, F. Vázquez Editor, calle de Tacuba número 25, 1903,

tacado resultó ser un infante nacido en la Ciudad de México el 20 de septiembre de 1831 y que, a las aguas bautismales que se le vertieron dos días después en el Sagrario Metropolitano, recibió los nombres de Agapito Manuel Domingo Ramírez de Arellano y Estrada, según certificó el padre Velázquez de la Cadena el 20 de enero de 1847, cuando Manuel, conocido más adelante sólo como Ramírez de Arellano y en mayor número de ocasiones únicamente como Arellano, contaba quince años y se disponía a ingresar en el Colegio Militar instalado en Chapultepec[(5)].

El jovencito, de pelo y cejas negros, ojos del mismo color, nariz regular y tez morena, frente chica y de seña particular "una cicatriz en el lado derecho de la frente", fue admitido de alumno en la Primera Compañía el 9 de febrero de 1847 y sus testigos de ingreso fueron los cadetes Ignacio Valle y Bartolomé Díaz de León. El director del Colegio Militar era el general José Mariano Monterde[(6)].

En tal carácter, Arellano recibiría pocos meses después su bautizo de fuego combatiendo con sus compañeros cadetes a las tropas invasoras estadunidenses...

227 p., más 71 páginas en numeración romana de notas introductorias de Ángel Pola y otras 20 de apéndice con la lista completa de prisioneros imperiales tomados en Querétaro por los republicanos en 1867. Adicionalmente aparecen, también en numeración romana tras lo escrito por Pola, 43 páginas de consideraciones del traductor, G. Hugelmann, y otras seis de introducción escritas por Arellano. Esta edición, realizada por Pola con criterio liberal radical, fue publicada 34 años después de la original de 1869 dada a la estampa por Arellano, y 26 años más tarde de la muerte de éste, y desde luego su propósito es desacreditarlo totalmente y presentarlo tan sólo como un réprobo, es decir un condenado a las penas eternas, y como un irredento traidor a la patria.

(5) Secretaría de la Defensa Nacional. Dirección de Archivo Militar. Archivo Histórico y Cancelados. Expediente del Coronel (sic) de Artillería Manuel Ramírez de Arellano, Caja 327. D. Número XI/111/4-5155, Foja 472 (en adelante AHSDN, etc.). Consta de tres tomos con un total de 671 fojas y fue clasificado el año 1943.

(6) Filiación del alumno Manuel Ramírez de Arellano, AHSDN, XI/111/4-5155, F. 2.

GÉNESIS DE LA ANIMADVERSIÓN POR LOS ESTADUNIDENSES De las últimas acciones emprendidas contra los yanquis aquel año de 1847, destaca desde luego la batalla del Convento de Churubusco, registrada el 20 de agosto, donde los soldados mexicanos y el batallón irlandés de San Patricio presentaron frenética resistencia al invasor, sólo malograda por la carencia de parque y la disparidad de calibres entre las municiones y los cañones disponibles. En ese fiero combate el general Domingo Ramírez de Arellano, padre de Manuel, fungió como tercero en jefe, inmediatamente después del General de División Manuel Rincón, jefe del punto, y del General de Brigada Pedro María Anaya, segundo al mando[7]. Los tres fueron tomados prisioneros por los invasores y posteriormente liberados al concluir la guerra.

Tres semanas después, el 13 de septiembre, el Castillo de Chapultepec fue atacado y algunas tropas mexicanas, así como los cadetes del Colegio Militar, realizaron la postrer defensa. Al final fue aniquilado el Batallón de San Blas del teniente coronel Felipe Santiago Xicoténcatl, quien pereció en la acción, murieron seis cadetes y el resto quedó prisionero con el capitán Domingo Alvarado, el general Monterde, director del plantel, y el General de División Nicolás Bravo, comandante en jefe del punto de defensa. Arellano estaba entre los cautivos al igual que el joven Miguel Miramón, de su misma edad, con quien había entablado una relación fraternalmente estrecha que llevaría a ambos a diversas andanzas militares y que sólo concluiría con la muerte del Macabeo en 1867. Todos los cadetes fueron liberados también por los estadunidenses al concluir la contienda, pero sin duda se puede colegir sin mayor dificultad que de esa guerra procede la irreductible animadversión que muchos jóvenes militares mexicanos abrigaron por el vecino del norte, que los animaría a participar activamente

---

[7] *Churubusco en la Acción Militar del 20 de Agosto de 1847*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1947, 85 p., p. 48.

en las filas conservadoras y a combatir sin tregua a los liberales, tan íntimamente ligados a los invasores[8].

A través de una carta familiar de Arellano en poder de don Carlos Sánchez Navarro, nos enteramos de la ira que desató en su colega cadete Miguel Miramón la conducta arbitraria de los estadunidenses en la ciudad de México y, peor aún, la opípara comida que los liberales puros del Ayuntamiento capitalino ofrecieron al general Winfield Scott en el Desierto de los Leones, donde se bebió copiosamente y se brindó por el triunfo de las armas estadunidenses sobre nuestra patria y aun se pidió la anexión completa de México a Estados Unidos.

"Es la primera vez que vi a Miguel descompuesto –refiere Arellano–; sus ojos reflejaban la cólera de su alma; cerrando el puño en ademán de reto, recuerdo que dijo: 'ten fe, Manuel, que quiera Dios que algún día nos venguemos de éstos.'"[9].

HONROSAS MENCIONES PARA UN ADOLESCENTE

Por otra parte, de los documentos de Arellano de su época en el Colegio Militar, se desprende que fue un brillante alumno cadete, pues entre 1849 y 1850 obtuvo calificaciones sumamente satisfactorias en matemáticas 2º curso, táctica de infantería 2º, táctica de caballería 1º, ordenanza general del Ejército, dibujo 2º, e Historia y Geografía 1º. Así, Manuel ascendió a cabo el 15 de marzo de 1850 y luego a subteniente de artillería el 12 de marzo de 1851[10].

---

(8) Sobre el particular véanse, entre otros muchos textos, Reed Torres Luis, *Al Servicio del Enemigo de México* (La Verdad Sobre Juárez y el Partido Liberal), México, 2006, Edición del Autor, y Villaseñor y Villaseñor, Alejandro, *Antón Lizardo, el Tratado McLane-Ocampo, el Brindis del Desierto*, México, Jus, 1962.

(9) Sánchez Navarro y Peón, Carlos, *Miramón, el Caudillo Conservador,* México, Editorial Jus, S. A., 1945, 407 p., pp. 27-28.

(10) Filiación del alumno Manuel Ramírez de Arellano, AHSDN, XI/111/4-5155, F. 2.

Asimismo, en su inicial Hoja de Servicios el rubro de "campañas y acciones de guerra en que se ha hallado y servicios meritorios que ha contraído" aparece con la siguiente anotación: "Sostuvo el punto de Chapultepec los días 8, 9, 11, 12 y 13 de septiembre 1847, que fue tomado por las tropas norteamericanas, donde fue hecho prisionero el expresado día 13". Y en lo referente a "premios que ha obtenido por acciones militares", se lee: "Disfruta la Cruz y Medalla de Honor concedida por decreto de 11 de noviembre de 1846 y 23 de diciembre de 1847". No aparecen castigos a que se haya hecho acreedor ni tampoco licencias que hubiese solicitado. Su valor, capacidad, instrucción y aplicación son ampliamente acreditados en el documento firmado por el coronel de infantería Manuel Azpilcueta, jefe del detall y segundo al mando en el Colegio Militar. De igual manera se avala la conducta civil y la excelente salud de Manuel. El documento está refrendado con el visto bueno del general Monterde[11].

En junio de 1853 Arellano fue ascendido a teniente de la 2ª Batería de la Brigada Ligera, y en mayo de 1854 a capitán, cuando aún no cumplía veintitrés años. Ese mismo año el Presidente Santa Anna designó gobernador de Veracruz al general Antonio Corona, distinguido catedrático del Colegio Militar, quien nombró a Arellano su secretario particular, pues había sido su maestro y le tenía especial estima.

"Manuel Ramírez de Arellano –asienta el periodista liberal radical Ángel Pola– salió del Colegio Militar con el carácter de oficial de la Plana Mayor Facultativa de Artillería. Estudió en compañía de Miguel Miramón, Julio Cervantes, Sóstenes Rocha y Leandro Valle. Siempre estuvo ligado con ellos por una franca amistad, no obstante sus contrarias opiniones que les colocaron en opuestos campos. Su amistad con Miramón rayó en fraternidad y solamente la rompió la muerte... Su saber se revelaba por su dominio de las matemáticas, la ordenanza del Ejército, la reglamentación de

---

(11) Hoja de Servicios de Manuel Ramírez de Arellano, AHSDN, XI/111/4-5155, Fs. 3, 4 y 6.

maniobras de infantería, caballería y artillería, la documentación militar, el dibujo, la física, la mecánica, la fortificación pasajera y permanente y la construcción de materiales de guerra"[12].

Por los días en que Arellano se convirtió en capitán, el conde Raousset Boulbon, a la cabeza de sus aventureros franceses, intentó apoderarse del puerto de Guaymas (13 de julio de 1854), pero fue batido y capturado por las fuerzas del general de brigada José María Yáñez, quien había pasado de ser comandante general en Chihuahua al mismo cargo en Guaymas en 1853.

En esa acción se distinguió el padre de Manuel, el general graduado don Domingo, comandante del quinto batallón, quien reforzó con diligencia el fortín del muelle, desarticuló el plan de Raousset y luego presidió el Consejo de Guerra que por unanimidad condenó a muerte a aquel filibustero (12 de agosto)[13].

Sobre estos sucesos, don Domingo Ibarra, quien pormenorizó puntualmente muchos de los acontecimientos militares del siglo XIX y aun fue testigo presencial y protagonista de muchos de ellos, escribió lo siguiente a propósito del papel jugado por el general Ramírez de Arellano:

"Los demás puntos continuaban siendo atacados por los extranjeros y el fortín se sostenía por unos cuantos soldados valientes a las órdenes del subteniente José María Prieto, que ya a algunos se los habían herido, y no tardaba en ser vencido si no llega en su auxilio el comandante militar, general Domingo Ramírez (de) Arellano, con cuarenta soldados y una pieza de artillería, con cuya fuerza hizo huir al enemigo, que parte de él se refugió en la goleta Belle, que se dio a la vela con los prófugos…"[14].

---

[12] Introducción de Ángel Pola en Ramírez de Arellano, *Op. Cit.,* pp. VII y VIII.

[13] Arias, Juan de Dios, y Olavarría Ferrari, Enrique, *México a Través de los Siglos*, México, Editorial Cumbre, 1985, Tomo VIII, 424 p., p. 410.

[14] Ibarra, Domingo, *Episodios Históricos Militares que Ocurrieron en la República Mexicana Desde Fines del año de 1838 Hasta el de 1860, con Excepción de los Hechos de Armas que Hubo en Tiempo de la Invasión Norteamericana,* México, Imprenta de Reyes Velasco, Correo Mayor número 6, 1890, 312 p., 83.

TAMBIÉN RECONOCIMIENTO PARA EL PROGENITOR

Don Antonio López de Santa Anna, que por entonces ejercía por decimoprimera vez –la más tiránica de todas– la Presidencia de la República, se sintió inicialmente orgulloso del triunfo de Yáñez, pero luego un intrigante ministro no identificado le advirtió sobre la creciente popularidad de don José María, y Su Alteza Serenísima terminó por destituirlo del cargo de Gobernador y Comandante General de Sonora y ordenó enjuiciarlo porque, entre otras cosas, no había ejecutado de inmediato a Raousset. Al cabo, Yáñez fue absuelto(15).

A continuación, Santa Anna designó a don Domingo Ramírez de Arellano, ascendido a General de Brigada, Gobernador y Comandante General de Sonora en sustitución del general Yáñez.

En su comunicación al general Santiago Blanco, ministro de la Guerra, don Domingo daba cuenta que había arribado a Guaymas procedente de Mazatlán, donde se había enterado de su nombramiento, y ofrecía "la firme resolución en cumplir y hacer cumplir" las órdenes superiores de Santa Anna, a quien agradecía "la ilimitada confianza que deposita en mí, y que S.A.S. tiene diversos antecedentes de mi comportamiento en los mandos y comisiones que en otras épocas se ha dignado confiarme". Al propio Blanco le expresaba "las más sinceras gracias por la parte activa que en este nombramiento ha tenido"(16).

Sin embargo, don Domingo permaneció sólo ocho meses en aquel cargo, pues en mayo de 1855 cayó enfermo repentinamente y se vio precisado a entregarlo al coronel Pedro Espejo, ascendido a General Graduado, para desempeñarlo a partir del 26 de junio

---

(15) Anónimo (Anselmo de la Portilla), *La Revolución de México Contra Santa Anna,* México, Editora Nacional, 1967, 335 p., pp. 130-132.

(16) Carta del general Domingo Ramírez de Arellano al general Santiago Blanco, Ministro de Guerra y Marina, Guaymas, 1º de octubre de 1854, en AHSDN, XI/481.3/3338, F. 15.

de 1855. Espejo ofreció “llenar con dignidad los deberes que le impone este puesto”[17].

Espejo duró aún menos en el cargo conferido, ya que Santa Anna caía apenas mes y medio después y nuevos acontecimientos cimbrarían al país con la llegada de los liberales de Ayutla al poder. El joven capitán Manuel Ramírez de Arellano participaría activamente en los sucesos por venir.

---

(17) Carta del general Pedro Espejo al general Santiago Blanco, Ministro de Guerra y Marina, Guaymas, 30 de mayo de 1855, AHSDN, XI/481.3/5268, F. 6.

CAPÍTULO II

LIBERALES Y CONSERVADORES CONTRA COMONFORT

El mayor peligro para el gobierno no se hallaba, sin embargo, en el campo de sus enemigos políticos, sino entre la falta de cohesión entre los elementos que le servían de apoyo; en la heterogeneidad de miras que dividían al Partido Liberal y que iban a traducirse en funestas divergencias en las esferas oficiales.

José María Vigil,
Historiador Liberal

EL LIBERAL DOBLADO REPUDIA AL LIBERAL ÁLVAREZ Caudillo del movimiento iniciado en Ayutla, Juan Álvarez fue designado Presidente de la República el 4 de octubre de 1855 y entró en la capital el 15 del mismo mes, donde formó su ministerio con don Melchor Ocampo, en Relaciones; don Benito Juárez, en Justicia; don Guillermo Prieto, en Hacienda, y don Ignacio Comonfort, en Guerra.

Mucho padeció la ciudad de México en manos de los “pintos”, chusma de mulatos semisalvajes e indisciplinados que se dedicó a cometer los peores excesos y tropelías que generalmente quedaban impunes. Se llegó al colmo de que los patios del propio Palacio Nacional, en que se había instalado Álvarez, fueran convertidos en

verdaderos muladares donde el alcohol corría a raudales, aparejado con verdaderos aullidos de torva alegría[1].

El nuevo régimen de Álvarez sólo duró dos meses y se caracterizó por su elevado y creciente descrédito entre todas las capas de la sociedad, aun entre sectores liberales. Sin embargo, el gobierno se dio tiempo para expedir la convocatoria del Congreso Constituyente; ordenó la formación de una Guardia Nacional para sustituir al Ejército –lo que causó profundo malestar entre el elemento castrense–; dictó una ley para suprimir los fueros eclesiástico y militar y procedió a la confiscación de muchos bienes particulares.

Se registró entonces una escisión en la administración de Álvarez: por un lado los "puros" que rodeaban al Presidente y que abogaban por un mayor radicalismo, y los moderados que, en torno de Comonfort, creían posible un avenimiento con el clero y los militares.

Motivo de particular descontento constituyó la Ley Juárez que, expedida el 23 de noviembre de 1855, contemplaba la comparecencia de sacerdotes ante la autoridad civil.

Y así, en medio de una creciente e irrefrenable efervescencia que cundía por todas partes, hasta el celebrado liberal don Manuel Doblado, gobernador de Guanajuato, terminó por levantarse contra el gobierno de Álvarez y vertía conceptos que vale la pena reproducir aquí.

En efecto, tras acusar –6 de diciembre de 1855– de prepotencia a Álvarez y a sus ministros en el ejercicio del mando, lo que había causado que la nación les perdiera la confianza y conculcado su base legítima, Doblado proclamaba Presidente interino a Comonfort.

---

(1) Poco antes de arribar a la ciudad de México, mientras se hallaba en Cuernavaca, Álvarez había recibido entusiastas elogios de parte del embajador estadunidense James Gadsen, quien hizo alusión a la "identidad de causas" de su gobierno con el de don Juan.